

EL TEATRO

DIRECTOR
JOSÉ DEL PEROJO

PUBLICACIÓN MENSUAL

ADMINISTRACIÓN
57 SANTA ENGRACIA 57

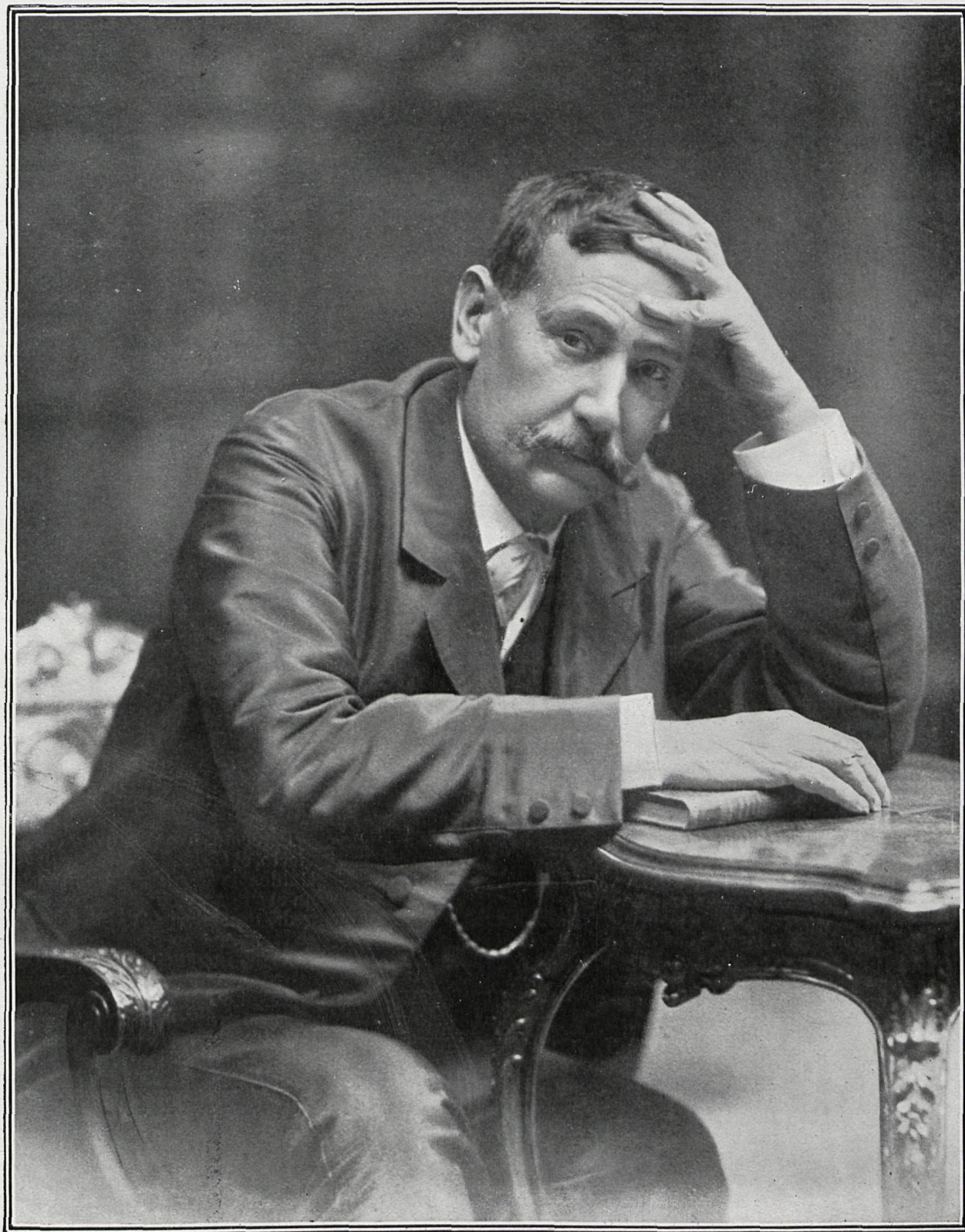


SRTA. SÁNCHEZ, DEL TEATRO ESPAÑOL, EN LA «CONDESA LUCRECIA», DE «EL ABUELO»
FOT. GOMBAU

EL TEATRO

Núm. 42

Marzo 1904



EL EMINENTE DRAMATURGO D. BENITO PÉREZ GALDOS, AUTOR DE «EL ABUELO»

Fot. Audouard



DECORACIÓN DEL PRIMER ACTO, PINTADA POR D. LUIS MURIEL

Fot. Campúa

GALDÓS, DRAMATURGO

“EL ABUELO” Y “REALIDAD”

LA feliz idea de Rosario Pino resucitando la *Realidad*, de Galdós, muerta y enterrada por el desdén malsano de nuestras primeras actrices, ha resultado más feliz aún por coincidir con el estreno de *El abuelo*: ambas obras encierran una enseñanza muy interesante para los dramaturgos, y puestas juntas una al lado de la otra hacen, naturalmente, que la enseñanza resalte aún más, que pueden verla, no ya los miopes, sino hasta los ciegos de cuerpo y de espíritu.

Realidad y *El abuelo*, la primera y la última entre las obras dadas á la escena por el autor de *Fortunata* y *Jacinta*, debieron marcar al presente el principio y el fin de una evolución espiritual: debiéramos ver en ellas, respectivamente, el principio y el fin de un ciclo, el comienzo y la meta del camino por el cual marchó un novelista para hacerse autor dramático, y en tal sentido, *Realidad* y *El abuelo* debieran ser á la vez las obras más distantes y las obras más distintas entre las que componen el rico tesoro del teatro galdosiano. No ocurre tal cosa y, por el contrario, son esas dos obras de

entre todos los dramas de Galdós, las que tienen mayores semejanzas, las que mejor revelan su filiación, como si fueran indiscutiblemente las hijas más legítimas, si vale hablar así, las engendradas por su padre en momentos de más puro, intenso y sincero amor.

Parecerá heregía, pero es hecho cierto, el Galdós de *El abuelo* no es el Galdós de *Realidad* que progresa, sino el propio y mismo autor de la tragedia de Federico Viera, que se coloca de nuevo en el mismo lugar que primitivamente eligió. Si parece que avanza y avanza, en efecto, no es con relación á aquella posición primitiva, sino respecto á otras á que llegó después, llevado de la mano por el mal gusto imperante, por la torpeza del público y por la inconsistencia de la crítica, que ni apreció en *Realidad* toda la inmensa belleza de ese teatro nuevo, ni supo después, cuando el maestro se separó del buen camino, llamarle á él con recordarle que si los hombres y los cuadrúpedos marchan por caminos trillados, en los que para que haya de todo, hay hasta peones camineros encargados de qui-



LUIS MURIEL,
autor de las decoraciones de los
actos primero y quinto
Cliché Amador



MARGARITA COLORADO
en el papel de Nell, de «El abuelo»
Cliché Gombau

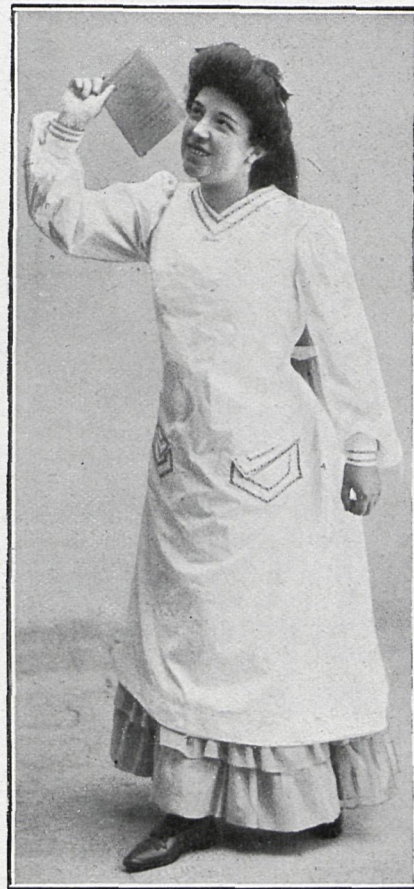
tar los más leves obstáculos, es porque no tienen los poderosos medios de locomoción que valen á las águilas para salvar los más arriscados montes, ó cruzar de un vuelo los más embravecidos ríos.

El abuelo, como *Realidad*, nació novela, novela dialogada, pero novela al fin, y es el caso que, contra la opinión de los que piensan, aún que el novelista y el autor dramático son seres muy distintos, especies sin relación alguna, de faunas abisales diferentes.

El abuelo es entre todas las obras dramáticas de Galdós la que ha obtenido, si no el éxito más ruidoso, seguramente el

análisis y el teatro era clara y definitivamente síntesis; pero la marcha evolutiva del arte dramático ha dispuesto las cosas muy de otro modo y hoy, cuando ya es arte viejo el teatro de análisis y los modernistas buscan y encuentran fórmulas nuevas más avanzadas que él, es verdadera heregía suponer que semejante incompatibilidad existe y más heregía aún pensar que es absoluta, perdurable é irreductible.

El teatro puramente sintético, á la vieja usanza, es un arte muy inferior que linda más con la mímica, de que es hijo directo, que con ninguna forma progresiva de dramaturgia.



NIEVE SUÁREZ
en el papel de Dolly, de «El abuelo»
Cliché Gombau

mejor, aquel cuyos efectos se perpetuarán más y serán más constantes.

Esas diferencias entre el novelista y el autor dramático, podían ser incompatibilidades irreductibles cuando la novela era clara y definitivamente

El teatro moderno, el teatro de análisis y aún más que él otras formas más avanzadas de la evolución, lindan por el contrario con la novela, y lejos de ser un antítesis de ella, constituyen un modo particular de ella; mejor aún, si



ACTO PRIMERO.—Nell, Srta. Colorado.—El conde de Albrit, Sr. Díaz de Mendoza

Fot. Campúa



DECORACIÓN DE LOS ACTOS SEGUNDO, TERCERO Y CUARTO, PINTADA POR D. MANUEL MARÍN

Fot. Campúa

puede hablarse así, un estado momentáneo suyo.

El reproche que con más insistencia se ha hecho á las obras dramáticas de Galdós, ha sido el de que sus escenas eran demasiado largas: con ese reproche se ha pretendido sin duda expresar que había en la obra exceso de análisis, ya que de otro modo, largas ó cortas las escenas, no habría por qué imputar ese defecto al novelista, que el autor dramático llevaba dentro, puesto que el exceso de longitud si es defecto en el teatro, puede serlo también, y grave, en la novela.

Pero hay más que eso: aún no existe ni hay noticia de que haya existido un cánón fijo é invariable al que haya de ajustarse la longitud de las escenas en las obras dramáticas: en las obras de Maeterlinck, por citar las que han coincidido en los escenarios madrileños con las de nuestro Galdós, hay actos enteros constituidos casi por una sola y única escena, sin que eso haya sido mentado por nadie como defecto de ellas, y por otra parte el reproche ni es nuevo ni se ha hecho, naturalmente, por primera vez á ese teatro tenido por excesivamente analítico. Ya *Figaro* le salió al paso y dijo con mucha claridad que la excesiva longitud de las escenas no estaba en ellas sino en la falta de arte de los actores para interpretarlas: está también en la falta de preparación del público para comprenderlas, ó en la falta de atención para escucharlas.

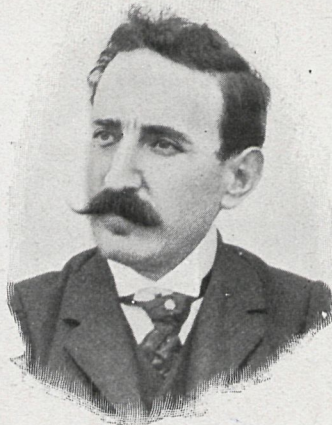
Afortunadamente, el tiempo de ese género de censuras parece que pasó, y si ellas se conservan aún es sólo en la crítica tan fuertemente misoneísta que aún conserva el propio traje con que viejo y deteriorado ya en aque-

lla época, asistió al nacimiento entre nosotros, que somos campos de fruto tardío, de esas formas nuevas de arte dramático.

Galdós ha razonado muy lógicamente contra semejante estado de cosas en el prólogo de *Alma y Vida*.

«Es indudable, dice, que de algunos años acá nuestro bendito público ha progresado en gusto, en tolerancia, en paciencia, aprendiendo á internarse por caminos, si no nuevos, nuevamente limpios de antiguas y ya pisoteadas malezas. Deben este adelanto á los autores y á los críticos. ¿Por qué no persisten estos en la obra de educar al público y por qué se vuelven atrás y se estacionan en el punto más propicio para persuadirle de que debe avanzar? No puedo conformarme con esas monomaniacas exhortaciones á la brevedad

en parajes que no se alargan más que el tiempo preciso para que se diga lo que no debe omitirse, para que se trace el necesario contorno de los caracteres, y se amarren y aseguren los hilos lógicos de la fábula. Ya que tenemos iniciado en la costumbre de oír, de agarrarse con toda su atención á la palabra que fácilmente y sin cansancio le vá introduciendo en los dédalos del asunto y en el alma de los personajes, ¿por qué le espantais hablándole de larguras que no lo son sino admitiendo que toda obra se ha de escribir para los cerebros estragados que buscan la instantánea? Estos acabarían por pedirnos situaciones de relámpago si con esta enfermiza querencia de la brevedad transigiéramos. Tanto les habéis repetido que el teatro es síntesis, que



MANUEL MARÍN,
autor de la decoración de los actos
segundo, tercero y cuarto
Cliché Campúa



ESCENAS DEL SEGUNDO ACTO.—LA LECCIÓN DE DOLLY Y NELL

se han apoderado gozosos de tan manuable formulilla para hacer de ella el acicate con que estimulan la vertiginosa carrera de la acción teatral. Síntesis es, ciertamente, el teatro; pero no seamos tan sintéticos que se nos vean los sesos. Demos espacio á la verdad, á la psicología, á la construcción de los caracteres singularmente, á los necesarios pormenores que describen la vida, siempre dentro de límites prudentes que en el caso de autos no han sido traspasados, y retiren los críticos su *leit motif* de que esto es largo, de que estotro *pe-sa*, cuando en realidad ni pesa ni se prolonga más de lo conveniente.»

«Lo más singular de estas excitaciones á una rapidez que en cierto género de obras teatrales no puede ni debe ser concedida, es que el público sano y noblote que vá á los teatros sin curarse de reglas menudas ni de convenciona-

les criterios, no suele cansarse allí donde se le indica que hay algo más de lo preciso; de ello tengo mil pruebas aducidas de las observaciones que suelo hacer cuando soy espectador antes que interfecto.»

Esta observación del maestro, ha tenido confirmación plena en el reestreno de *Realidad*: al público de ahora no le han parecido pesadas las escenas que por tales tuvieron los críticos en la época del estreno, y para que la demostración sea más clara y terminante, en las únicas escenas en que el público mostró, si- quiera fuese levemente, su disgusto fué en las que ocurren en casa de la Peri; es decir, en las que no tendría inconveniente en firmar, suponiendo que tuviera valor suficiente para hacerlas, el más sintético de los autores sintéticos.

Verdad es, hay



Nell, Srta. Colorado.—D. Pio Coronado, Sr. Carsi.—Dolly, Srta. Suárez
Clichés Gombau